

PLATÓN

La filosofía y la polis

JOSÉ MARÍA ZAMORA CALVO

Platón. La filosofía y la polis

© José María Zamora Calvo, 2024.

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2024.

Shackleton
— b o o k s —

   @Shackletonbooks
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño: Kira Riera

Maquetación: reverté-aguilar

© Fotografías: todas las imágenes son de dominio público a excepción de: p. 37
(CC BY-SA 4.0).

Depósito legal: B 13798-2024

ISBN: 978-84-1361-325-3

Impreso por EGEDSA (España)



Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Prefacio	5
Normas de transliteración	15
Vida y obra de Platón, el filósofo cisne	17
La vida de Platón	18
La <i>Carta VII</i> , un testimonio en primera persona	28
Una obra total	33
Oralidad y escritura	38
Leer un diálogo	40
Filosofía política y educación	49
El Sócrates de Platón	50
Eutifrón, la aporía ante la definición de piedad	58
El filósofo, entre dioses y hombres	61
La justicia, cuestión de orden interno	67
Las tres especies del alma y la moderación	73
La valentía, una especie de conservación	80
Platón ante Homero	83

El encantamiento poético	87
El mito del <i>Protágoras</i>	94
La educación de los guardianes	98
Los filósofos gobernantes	103
La teoría de las formas	109
Dialéctica	110
La línea dividida	118
Descubrir las imágenes	125
La analogía entre el Bien y el sol	137
Las Ideas	142
Los sofistas, cazadores asalariados de jóvenes ricos	152
El arte de tejer la unidad de la polis	159
Alma y legislación	165
El estado del alma antes de la encarnación	166
Los últimos momentos de Sócrates	174
La cuestión del ateísmo	181
El cuidado del alma	187
Los poetas legisladores	189
Epílogo	201
Apéndices	209
Abreviaturas	210
Bibliografía	213
Cronología	217

Prefacio

La obra de Platón, inagotable y total, representa el acto fundacional de la filosofía. No solo es una obra filosófica que comprende cuestiones de psicología, de ontología, de metafísica, de epistemología, de estética, de cosmología, de filosofía moral y política, sino también la primera de todas las obras filosóficas. Como él mismo señala en el *Timeo*: «Sin duda, lo más importante de todo es comenzar por el principio según la naturaleza del asunto» (*Tim.* 29b). Así, Platón busca siempre el comienzo que filosóficamente resulte más eficaz, ya sea bajar al Pireo, regresar a la caverna, descender al Hades o caminar hasta ese plátano, a orillas del Iliso, bajo cuya sombra, sonora por el canto de las cigarras, va a tener lugar el diálogo.

Para Platón, el pensamiento consiste en un diálogo interior y silencioso del alma consigo misma, tal como aparece definido en el *Teeteto* (189e-190a). Así, la forma dialogada permite encaminarse a la búsqueda de la verdad, que no es una empresa individual, sino común (*Prot.* 348c). Para guiar esta investigación, Sócrates, el conocido maestro de Platón, examina la coherencia y la

validez de las opiniones expresadas por sus interlocutores. En esto consiste la mayéutica: el arte de dar a luz a las almas. No se trata de hacer que encuentren en ellas mismas la verdad, sino en liberarlas de las opiniones falsas que las obstruyen, para que puedan emprender la búsqueda.

Por ello, determinados diálogos redactados por Platón, particularmente los primeros, son aporéticos, ya que conducen a un callejón sin salida (*aporía*). En estos diálogos la noción analizada no termina por quedar definida, ya se trate de la valentía (*Laques*), la amistad (*Lisis*), la piedad (*Eutifrón*), la moderación (*Cármides*) o la posibilidad de enseñar la virtud (*Protágoras*). Sócrates pone de manifiesto la ignorancia de sus interlocutores al demostrar no que las proposiciones que sostienen sean falsas, sino que son incoherentes e incompatibles entre sí. La refutación (*élegchos*) socrática radica precisamente en desvelar esta incoherencia de fondo en el discurso de su interlocutor, haciendo posible la identificación de los falsos saberes. El diálogo reconstruye el movimiento vivo del pensamiento.

En la filosofía platónica, lo verdadero es un objeto de búsqueda que sigue unas etapas claramente señaladas: comienza con la refutación, practicada en los primeros diálogos, también llamados «diálogos socráticos»; continúa con la mayéutica, una interrogación a un interlocutor embarazado de Ideas a quien ayuda a dar a luz; y prosigue con la dialéctica, el método de división y recomposición que permite el acceso a la verdad.

El recopilador de opiniones filosóficas o doxógrafo Diógenes Laercio (III 37) informa de que, en su discurso *Sobre los poetas*, «Aristóteles dice que el género al que pertenecen los discursos platónicos está entre la poesía y la prosa» (Frag. 73 Rose = Frag. 4 Ross). Y es que la dialéctica socrática forma parte de la obra literaria de Platón. La imitación (*mímesis*), que tanto critica en la *República*, presenta sin embargo una forma aceptable e incluso indispensable para Platón, a saber, la que representa al hombre en verdad bueno (*kalòs kagathós*).

Entonces, si entiendo lo que quieres decir, hay una especie de dicción y narrativa a la que recurre el hombre verdaderamente valioso cuando necesita decir algo, y otra especie completamente distinta, de la que se servirá el hombre que, por naturaleza y educación, es lo contrario de aquel (*Rep.* III 396b-c).

Este pasaje puede interpretarse como una autorreferencia de Platón al género mimético con el que construye sus diálogos. Al igual que la poesía épica, una de las funciones del diálogo platónico es «cantar» a Sócrates, considerado el nuevo Aquiles, y sus hazañas, para inmortalizar su memoria y, con ello, la práctica de la filosofía. Aquí radica la función protréptica hacia la virtud y el conocimiento del diálogo y en esto consiste precisamente la verdadera «retórica» a la que Platón alude en el *Gorgias*.

En su obra, Platón renuncia a su «yo», sujeto u objeto, a favor de personajes que son los interlocutores

principales. En los diálogos tardíos, los personajes destacados son los siguientes: Timeo en el *Timeo*, Critias en el *Critias*, el Extranjero (o el Invitado) de Elea en el *Sofista* y en el *Político*, el Extranjero de Atenas en las *Leyes* y, sobre todo, Sócrates en los otros diálogos de juventud (denominados justamente «socráticos»), así como en los que pertenecen a la etapa de transición, con el *Gorgias* como diálogo representativo del cambio de un período a otro. Pero se nos plantea un problema capital ante el cual no disponemos de ninguna respuesta que sea del todo satisfactoria: ¿en qué medida los grandes interlocutores de los diálogos representan a Platón?

El *Teeteto* muestra a un Sócrates que ya no se interesa por cuestiones éticas y políticas, como en los diálogos de su juventud y madurez, sino por una cuestión epistemológica, es decir, la definición de la ciencia (*epistémē*). Esta discusión comienza con la construcción de las longitudes «no conmensurables» de Teodoro (*Teet.* 147d-148b). En primer lugar, Sócrates explica que no concibe la pedagogía como la transmisión de un conocimiento, sino como el nacimiento de una verdad que cada uno posee en sí mismo y, a continuación, pasa a la definición de la ciencia. La ciencia no puede radicar en la sensación, como afirma Protágoras. Esta posición conduce a un relativismo más o menos absoluto. La ciencia tampoco puede residir en la opinión verdadera, ni siquiera acompañada de una definición. Además, si se tiene en cuenta también que el término «definición» tiene varios significados, entonces ¿los elementos que no pueden definirse pueden

contribuir a la definición de un todo? Así es como los diálogos platónicos, al tiempo que ejercitan la práctica filosófica, aclaran tanto las facetas comunicativas como el contenido del tema abordado.

Platón se muestra constantemente preocupado por buscar el modelo según el cual se fabrican las cosas sensibles (*Rep.* V 472c, VI 500e, VIII 561c; *Pol.* 277d) y asigna una relevancia central a la teoría de las formas inteligibles en el *Timeo*. Así, el fundador de la Academia de Atenas establece una relación entre la ontología y la epistemología, que corresponde a la formulada en la conclusión de la alegoría de la línea en la *República* (VI 511d-e, VII 533e-534a). Este pasaje queda aclarado con otro (*Tim.* 51d-e), en el que la oposición de orden epistemológico se completa con una oposición de orden sociológico. Entre la *República* y el *Timeo* se produce a la vez, por lo tanto, continuidad y discontinuidad, ya que en esta obra Platón trata de establecer las condiciones de posibilidad de la realización sensible de la polis y, al hacerlo, se topa con los obstáculos que se oponen a la consecución de este propósito.

De este modo, el filósofo ateniense inicia su discurso cosmológico con un discurso político. El *Timeo* comienza con una descripción de Sócrates en la que rememora y resume una conversación mantenida la víspera acerca de su opinión sobre la mejor constitución y sobre la calidad de seres humanos que requeriría (*Tim.* 17c). Aunque la *República* presente una estructura más dialógica que el *Timeo*, ambos poseen una estructura dialéctica, es decir,

establecen conexiones internas entre las diferentes partes del diálogo. Ahora bien, cada discurso obedece a exigencias diferentes y trata de responder a cuestiones distintas. Estos dos diálogos conforman una unidad dramática «filosóficamente contradictoria», fruto de la extrañeza y necesidad que implican el objeto de ambos discursos, comprendiendo la mayor parte de los temas platónicos: desde la cosmología hasta la estructura del alma, la vida justa, el conocimiento de sí, las formas inteligibles y las sensaciones. En la polifonía de estos diálogos Platón explora la mejor forma de régimen político (*politeía*), que según él no existe aún.

Y es que ¿de qué sirve la justicia si la ley la dictamina el más fuerte? En su proyecto político siciliano, Platón trató de enseñar filosofía a un tirano o al heredero de un tirano, pero fracasó en sus intentos de conversión filosófica (C. VII). El régimen político que Platón se proponía construir es el más opuesto a la tiranía. Para el filósofo, la excelencia ética es inmediatamente política en la medida en que se desarrolla, por definición, en una comunidad. Esto es lo que sostiene en la *República* al describir la justicia como el vínculo que permite armonizar lo diferente, unificar una multiplicidad (IV 443c-d). La justicia puede definirse como esa buena jerarquía que hace que cada uno ocupe exclusivamente su sitio, y permite mantener así el verdadero orden en el alma y en la polis. Solo estando así, cada uno puede dedicarse a hacer lo suyo, a desempeñar únicamente su propia función; por ello, es la virtud que significa la perfecta ordenación de las partes

en un todo: en el alma humana, de las tres especies psíquicas —deseante, agresiva y racional— y, en la polis, de los tres grupos funcionales —productores, guardianes y gobernantes—. La justicia es el bien del alma, así como la salud es el bien del cuerpo.

El filósofo, en este contexto, no tiene el deseo de gobernar, no posee nada, ni propiedad privada ni familia, pues solo le interesa el conocimiento. El filósofo pertenece en cuerpo y alma a lo que es común, y aquello que es universal de la polis se entrega totalmente a lo público. El filósofo no tiene un interés particular, ni afectivo ni material, en gobernar, y justo por ello puede hablar de manera legítima en nombre del bien público. El filósofo no posee un saber, solo aprende, se forma.

Pero el deseo que le ha permitido ascender y dedicarse a una actividad intelectual, hasta lograr la contemplación del Bien, le lleva a reconocer que también hay, dentro de él, la obligación de regresar a la caverna. Y este descenso de nuevo a la morada subterránea, donde permanecen encadenados sus antiguos compañeros, conlleva el entrelazamiento de los caracteres fuertes y débiles, de la trama y la urdimbre, para alcanzar una especie de armonía cívica que permite construir la unidad de la polis y garantizar su mantenimiento, desarrollando una forma de armonía y concordia entre sus ciudadanos. En la filosofía de Platón, nunca abandonamos la polis.

Este libro se propone ofrecer una introducción original y comprensiva al discípulo de Sócrates y fundador de la Academia, reconstruyendo a través de sus obras tanto

su biografía como la época en la que vivió, en la cual la práctica del mito transcurría en paralelo a la crisis de la democracia. La filosofía occidental se inscribe en el marco psicológico, epistemológico, metafísico, ético y político que él inauguró. Así, no es exagerado decir que Platón ha inspirado toda la historia de la filosofía.

Su vida y filosofía son indisociables una de otra. En los diez libros de la *República* y en los doce de las *Leyes*, que conforman prácticamente la mitad de su obra escrita, Platón propone una reforma del sistema político de la polis en la que vive, otorgando el poder no a la familia en la que se nace, ni a la riqueza, ni a la fuerza militar, sino al conocimiento. Frente a la concepción tradicional de la cultura (*paideía*) de su época, transmitida sobre todo por la poesía, y la innovación de la enseñanza que surge en el marco democrático con los sofistas, Platón pretende instaurar un renovado sistema educativo basado en un saber en el que las matemáticas desempeñan una función determinante, y que culmina en la contemplación de lo que es ontológicamente inmutable, idéntico a sí mismo: las Ideas, en cuya cúspide se sitúa el Bien.

Platón es único por muchos motivos. Uno de ellos, quizá el más importante, es porque nos permite comprender, mejor que ningún otro autor, en qué consiste la filosofía. Sus textos nos interpelan de manera constante, ya que contienen las cuestiones que los filósofos seguirán explorando a lo largo de la historia occidental. De este modo, su obra no se agota nunca, precisamente por su radical actualidad, al activar una reflexión crítica sobre

la realidad, específica y autónoma, cuyos elementos nos hablan de inmediato. Una vez que se comienza su lectura, sobran las razones para continuar, porque esta alienta a adoptar un enfoque crítico y vital que no se encuentra de manera tan impactante y patente en la obra de otros tantos filósofos.

En una vida plena dedicada a filosofar, el discípulo de Sócrates plantea los problemas de un modo que no puede dejar a nadie indiferente; en cualquier caso, de un modo que a mí particularmente me resulta al mismo tiempo fascinante y perturbador, y cuyo efecto, a medida que la interacción avanza, se incrementa. Si siempre que pienso, lo hago contra algo y contra alguien, y al ser el pensamiento un diálogo interior y silencioso del alma consigo misma, entonces Platón piensa dinámicamente contra sí mismo. Desde el principio y hasta el último momento, él se enfrenta con los problemas nucleares de su filosofía, como el de la relación entre una entidad inmaterial y una entidad física, y lo sigue admitiendo sin ocultar su perplejidad. Este ejercicio dialéctico es una muestra admirable de su compromiso y honestidad intelectual.

Mayo de 2024

José María Zamora Calvo



Normas de transliteración

Hemos utilizado el siguiente sistema de transliteración del griego antiguo: eta = e; omega = o; dseta = z; zeta = th; xi = x; ypsilon = y en función vocálica y u en diptongo; fi = ph; ji = ch; psi = ps. La iota subscrita aparece adscrita (por ejemplo, ei), y cuando se trata de alfa, esta alfa es larga ai. El espíritu áspero viene señalado con h, y el espíritu suave no es señalado. Esta regla se aplica no solo a las vocales, sino también a la rho con espíritu áspero, que se señalará como rh. Hemos indicado en todos los casos el acento.

La transcripción de los nombres griegos plantea, en principio, problemas más delicados. No es fácil mantener la coherencia sin pagar un alto precio que puede sacrificar la claridad y la elegancia. Hemos tenido en cuenta el manual de M. Fernández-Galiano, *La transcripción castellana de los nombres propios griegos* (Madrid, SEEC, 1969), además del libro de J. Vicuña y L. Sanz de Almarza, *Diccionario de los nombres propios griegos debidamente acentuados en español* (Madrid, Ed. Clásicas, 1998); sin embargo, cuando disponíamos de una transcripción

tradicional, hemos recurrido a ella en la mayoría de los casos, siempre intentado respetar los criterios del uso admitido.

Vida y obra de Platón, el filósofo cisne

No hay muchos datos sobre la biografía de Platón, excepto la información proporcionada por un conjunto de cartas atribuidas al fundador de la Academia y lo que se ha podido compilar a partir de obras de otros autores, que compusieron vidas antiguas dedicadas al filósofo. Sin embargo, se debe tener cuidado al analizar las epístolas, ya que la única que puede considerarse auténtica de todas ellas es la *Carta VII*. La cuestión del carácter apócrifo o no de esta carta sigue siendo objeto de controversia hoy en día y los argumentos para probar o negar su autenticidad son inconcluyentes hasta la fecha.

Sin duda, la vida de Platón se integra de modo inexorable con su obra. Sus escritos son los primeros de un filósofo griego que han sobrevivido en su práctica totalidad. Desde la Antigüedad, el texto platónico ha sido objeto de diversas «ediciones», hasta su llegada a la modernidad, con la traducción latina de Marsilio Ficino. Asimismo, las enseñanzas que Platón impartía en la Academia plantean la existencia de una oralidad que intrínsecamente no